

nales pero entienden el mundo como racional desde el punto de vista ético, sintetizado en que «la honestidad es la mejor política», es decir, que el bien, más tarde o más temprano, acaba imponiéndose en este mundo. Lo mismo ocurre con el bien colectivo, base asimismo de las éticas aristotélica y ciceroniana.

Estas características de la política pueden sintetizarse en la frase de Maquiavelo según la cual gobernarse a sí mismo y gobernar el Estado no son lo mismo<sup>10</sup>. Gobernarse a sí mismo pone en juego determinados problemas, desafíos y dilemas, diferentes de los que implica gobernar el Estado.

Estas dos búsquedas del bien suelen ser vistas como iguales, al punto de que habitualmente no son distinguidas entre sí, porque en ambas aparece una persona tomando decisiones. En un caso, el individuo privado. En otro, el político o el ciudadano. Pero aunque ambos sean, en efecto, individuos, los roles que desempeñan en ambas situaciones no son equivalentes, sino más bien todo lo contrario. Para entender esto la pregunta que hay que hacer es qué está en juego en cada caso.

En la decisión individual privada, la decisión sobre el obrar recae sobre la propia persona y sólo indirectamente sobre los demás. El individuo se representa a sí mismo. En el caso del político o ciudadano, la decisión sobre el obrar recae directamente y por definición sobre terceros<sup>11</sup>, pues el político e incluso el ciudadano encarnan antes a la comunidad que a su ética como individuos. Ésta se pone en juego, pero no es lo central. O mejor dicho, se pone en juego de otro modo que en la decisión individual, porque la ética individual se medirá según la capacidad de realizar acciones que representen el bien colectivo. La moralidad de la decisión política o ciudadana consiste en su capacidad de pagar un precio individual en pos del bien colectivo<sup>12</sup>. La decisión personal es una acción individual; la del político o ciudadano, una acción social.

## Escisión entre ética política y ética clásica

Lo que viene a decir Maquiavelo es que hay al menos dos éticas, propias de dos situaciones específicas. Una es la ética privada y otra es la ética

<sup>10</sup> Berlin, op. cit., pp. 121-122.

<sup>11</sup> En este sentido, poner en juego prioritariamente la ética colectiva y no la individual no sería privativo sólo de la política, sino de toda actividad profesional o acción en la que se asuma responsabilidad directa sobre terceros. Sería el caso de la actividad médica o, en otro plano, el de una madre o un padre respecto de sus hijos no adultos.

<sup>12</sup> De ahí el tinte heroico que la política como actividad tiene para pensadores como Maquiavelo o Weber.

política. La ética privada, del individuo, es la ética clásica, y la ética política, la propia de la política, es la que entronca con la ética pagana<sup>13</sup>.

Los valores que se ponen en juego en la ética individual y en la política son ambos buenos para Maquiavelo, pero no intercambiables unos por otros. No por ser buenos se pueden aplicar a todas las situaciones vitales. Es decir, hay que elegir entre ser buen individuo privado y buen político o ciudadano. Se trata de una elección entre lo bueno y lo bueno, ya no, como pensaba la tradición occidental, entre el bien y el mal. Las cosas buenas pueden ser contradictorias.

Por lo tanto, lo que hace Maquiavelo no es, como se piensa cuando se lo representa como «maquiavélico», separar ética y política, sino separar ética política y ética clásica. Esta última, aun cuando es vista como la ética, no es más que una interpretación entre otras de lo que sería el buen obrar individual. La ética política también es una interpretación entre otras de lo que sería el buen obrar humano, en este caso salvaguardando los intereses colectivos. Pero, a diferencia de la anterior, persigue la «salvación» del colectivo en el mundo terrenal, y lo hace con conciencia de que es una ética específica adecuada a una actividad particular, en un mundo éticamente irracional.

Como se ve, ambas apuntan a objetivos diferentes, y por tanto tienen sus propios dilemas. Esos dilemas se resuelven con valores diferentes. Si la ética clásica propone resolver el problema de la salvación individual (sea del alma en el judeocristianismo, sea de la integridad moral en la aristotélico-ciceroniana) mediante valores como la caridad, la misericordia, el perdón a los enemigos, el desprecio de los bienes de este mundo, la fe en la vida ulterior (los dos últimos, propios del judeocristianismo), la ética política propone resolver el problema de la salvación colectiva en este mundo

<sup>13</sup> Esta interpretación de Maquiavelo como aquel que separa no ética y política, sino una ética política respecto de otro modo tradicional de entender la ética, se basa en el decisivo artículo de Isaiah Berlin sobre el tema, y se sigue en lo básico en este apartado. Berlin afirma que Maquiavelo distingue entre ética judeocristiana y ética política. Aquí, corrigiendo a Berlin con Skinner, se modificará esa perspectiva para sostener que el florentino distingue entre ética clásica y ética política, entendiendo por la primera, como ya se anotó, aquella que contiene tanto a la ética aristotélico-ciceroniana, cuanto a la judeocristiana. En efecto, Berlin –a diferencia de Skinner– no da especial relevancia a la vertiente aristotélico-ciceroniana de la ética clásica, lo cual genera un efecto de reducción de la ética clásica a ética judeocristiana. Maquiavelo no considera que es exclusivamente el carácter extramundano de una ética, como la judeocristiana, lo que le impediría comprender la especificidad de la política, sino su rasgo de ética absoluta e incondicionada. Por ello critica también la ética aristotélico-ciceroniana que, pese a ser terrenal, es inaplicable a la política, porque es asimismo una ética absoluta e incondicionada. Del mismo modo, al dejar de lado Berlin la vertiente protestante del cristianismo, acaba identificando la ética judeo-cristiana con el judaísmo y el catolicismo. Véanse Berlin, op. cit., y Skinner, op. cit.

a través de valores como el coraje, la disciplina, la felicidad terrenal, la fuerza, el espíritu cívico, el sobreponerse a la adversidad<sup>14</sup>.

La vertiente judeo-cristiana de la ética clásica busca la felicidad en el cielo, y por tanto ningún objetivo terreno, sea social, político o militar, es más elevado o vale más que el de la salvación del alma individual. La vertiente aristotélico-ciceroniana de la ética clásica no ve contradicción entre ser un buen individuo y ser un buen ciudadano. Ser buen ciudadano es el modo de ser buen individuo. Por su parte, la ética política busca la felicidad de la comunidad en este mundo, por lo que ningún objetivo individual privado es más elevado o vale más que la «salvación» de la comunidad política. Es decir, la ética política exige a los miembros de la comunidad, en tanto individuos y ciudadanos, los sacrificios necesarios para alcanzar la felicidad de la comunidad como conjunto.

La primacía de la comunidad sobre el individuo en la ética pagana o política, vista desde el estereotipo de Maquiavelo, aparece como una confirmación de la identificación de la política con una mera búsqueda del poder. Sin embargo, a la luz de la interpretación de Maquiavelo como edificador de una ética política autónoma, es mostrada como una necesidad lógica, ya no práctica. Tal necesidad viene dictada por la concepción de que los fines privados sólo son posibles ya no de alcanzar, sino de plantear, en el seno de una comunidad política bien organizada y gobernada, fuerte e independiente, libre. No hay fines privados sin fines públicos. Éstos son el requisito, la condición de aquéllos. El orden y la seguridad necesarios para los fines privados, no se generan solos, sino que es la política, como actividad encargada de la organización de la vida colectiva, la que los produce.

Por tanto, la política es una actividad imprescindible. Incluso aquellos que quieren apartarse de ella la necesitan. Es más, tal apartamiento es posible porque la política existe, seguirá existiendo, en tanto otros no se apartan de tal actividad, sino que se dedican a ella, sea como gobernantes, sea como ciudadanos. De este modo, la primacía de la comunidad sobre el individuo no representa, como se podría interpretar a la luz del estereotipo, como la típica indiferencia de aquellos obsesionados con el poder por la suerte individual. Más bien es lo contrario. Porque también están interesados en la libertad individual, en la posibilidad de los sujetos privados de crearse una vida propia, es que los partidarios de la ética política como Maquiavelo son sensibles a la paradoja de que para poder ser individuo, el sujeto privado debe estar dispuesto a hacer sacrificios –incluso entregando su vida– por la comunidad, pues ésta es el requisito de aquella libertad privada.

<sup>14</sup> Berlin, *op.cit.*, pp. 104 y 106.